

EL SUFRIMIENTO CORPORAL

*Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo,
que es la Iglesia (Col 1, 24)*

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo vino no sólo como fuente de gracia y verdad, fuente de luz espiritual, alegría y salvación, sino con la sangre y con el agua, como un combatiente contra el pecado y contra Satanás, “consagrado por el sufrimiento”. Como la profecía lo señala, estaba “vestido de rojo, y su ropaje era como el de un lagarero” (Is 63, 2), o, en palabras del Apóstol, “fue vestido con una vestimenta empapada en sangre”. Fueron los indecibles sufrimientos del Verbo Eterno en nuestra naturaleza, Su cuerpo dislocado y clavado, Su sangre derramada, Su alma violentamente separada por una muerte dolorosa, que apartó de nosotros la ira de Aquel cuyo amor Le envió para ese propósito. Sólo éste fue nuestro sacrificio expiatorio, nadie compartió la obra. “Yo solo he pisado el lagar; de mi pueblo no hubo nadie conmigo” (Is 63, 3). Cuando fue levantado en el árbol maldito, luchó con todos los ejércitos del maligno, y venció por el sufrimiento.

Por eso, de un modo misterioso, todo lo que es necesario para este mundo de pecado, la vida de nuestras almas, la regeneración de nuestra naturaleza, todo lo que es más gozoso y glorioso, la esperanza, la luz, la paz, la libertad espiritual, las influencias santas, el conocimiento religioso y la fuerza, todo fluye de una fuente de sangre. Nuestra salvación es una obra de sangre, y nosotros, para salvarnos, debemos pasar cerca, contemplarla en la fe, y aceptarla como el camino al cielo. Debemos tomarlo a El, que así sufrió, como nuestro guía. Debemos abrazar sus pies sagrados y seguirlo. ¡No nos asombremos, pues, si recibimos algunas gotas de esa sagrada agonía que empaparon sus vestidos! ¡No nos asombremos si somos salpicados con los dolores que El soportó en expiación por nuestros pecados!

Y así ha sido siempre. Aproximarse a El ha sido, desde el comienzo, participar más o menos en Sus sufrimientos. No digo en el caso de cada individuo que cree en El, sino en cuanto a los más conspicuos, los más favorecidos, Sus instrumentos elegidos, Sus más activos servidores. Ha sido la suerte de la Iglesia en su conjunto, y la de aquellos que, en conjunto, han sido más semejantes a El, como los pastores, intercesores y maestros de la Iglesia. Ciertamente, El sólo hizo una obra meritoria, y ellos porque estaban cerca Suyo. Por eso, inmediatamente a Su nacimiento, trajo la espada sobre los niños de Su misma edad en Belén. Su misma sombra, proyectada sobre una ciudad en la que no vivió, fue manchada de sangre. Su Bendita Madre no lo había estrechado contra su pecho mucho tiempo, antes de ser advertida de la pena de ese temible privilegio: “Una espada atravesará tu alma” (Lc 1, 35). El se quedó sin fuerzas, pero el agua y la sangre fluyeron juntas como pasó más tarde de su costado herido. Se dice que entre los niños que El tomó en sus brazos para bendecirlos, hubo uno que fue un gran mártir de la generación siguiente a la Suya. Muchos de los Sus Apóstoles pasaron de una larga vida de sufrimientos a una muerte violenta. En particular, cuando los hermanos favorecidos, Santiago y Juan, se le acercaron con el pedido de estar a Su lado en Su reino, El estableció sencillamente entre la cercanía a Su persona y la aflicción, diciéndoles:

“¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber?”, como si dijera: “No podéis recibir los sacramentos de la gracia sin el dolor que está figurado en ellos. La cruz hará correr sangre cuando esté impresa en vuestras frentes. Recibiréis, ciertamente, el bautismo del Espíritu y el cáliz de Mi comunión, pero será acompañado de las señales de Mi cáliz de agonía y de Mi bautismo de sangre”. En todas parte habla el mismo lenguaje a quienes participan de los beneficios de Su pasión y muerte: “El que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 27).

De acuerdo a esto, los Apóstoles frecuentemente nos recuerdan este compromiso, misterioso pero necesario, mandándonos: “No os sorprendáis como si os sucediera cosa extraordinaria, del fuego que arde entre vosotros para prueba vuestra; antes bien, alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo” (1 Pe 4,12-13). San Pablo nos enseña lo mismo en el texto en donde habla de llevar lo que falta a los dolores de Cristo como un preciado manto que cae desde la cruz y vestirlo por Su causa. “Me gozo en los padecimientos a causa de vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24; ver también 2 Cor 4, 10). Y aunque están hablando especialmente de la persecución y otros sufrimientos nacidos a causa del evangelio, sin embargo es nuestro gran privilegio, como nos dice la Escritura, que todo dolor y aflicción nacidos en la fe y la paciencia serán contados como señales de Cristo, prendas de gracia del Salvador ausente, y serán aceptadas y recompensadas por El en el último día. Se dice de modo general: “Si pasas por las aguas, Yo estoy contigo, si por los ríos, no te anegarás; si andas por el fuego, no te quemarás, ni te abrasarán las llamas” (Is 43, 2). “Nuestra aflicción momentánea y ligera va labrándonos un eterno peso de gloria cada vez más inmenso” (2 Cor 4, 17).

Por eso el Evangelio, que ha iluminado de tantas formas el estado de este mundo, ha sido de especial ayuda para nuestra forma de ver los *sufrimientos* a los que está sometida la naturaleza humana, convirtiendo un castigo en un privilegio, en el caso de todos los dolores, y especialmente en el del dolor corporal, que es el más misterioso de todos. La aflicción, la ansiedad y la desilusión están más o menos conectados con el pecado y los pecadores, pero el dolor corporal es involuntario en su mayor parte, extendiéndose sobre el mundo por alguna ley irresistible, en niños que realmente no han pecado nunca, y en animales irracionales que son extraños a la naturaleza de Adán, mientras que es más patético y doloroso que otro sufrimiento cualquiera. Es lo que nos toca a todos, antes o después, y, quizás, en una medida que sería detestable y malo anticipar, sea de la enfermedad o de las casualidades de la vida. Y todos nosotros debemos morir al final, y la muerte empieza generalmente por una enfermedad y termina en la separación de alma y cuerpo, que en sí misma puede, en algunos casos, incluir un dolor peculiar.

Los hombres mundanos apartan semejantes pensamientos como lóbregos. No pueden ni negar ni evitar la perspectiva que está delante de ellos, y son inteligentes, según sus propios principios, para no amargarse el presente anticipándola. Pero los cristianos pueden soportar contemplarla sin ninguna aprehensión indebida, porque esta misma pena, que tanto toca el corazón y la imaginación, ha sido revestida por Dios Todopoderoso (como ya dije) con una luz nueva y consoladora al ser el medio de Sus mercedes más escogidas para nosotros. El dolor no es más una maldición, un mal necesario que ha de ser sobrellevado con seca sumisión o resistencia pasiva, sino que puede ser considerado incluso como una bendición del Evangelio, y siendo una bendición admite que se lo encuentre bueno o malo. Según la naturaleza, parece excluir la noción de obligación, como si una disciplina tan dominante desde fuera suplantara la necesidad o la oportunidad de autodominarse, pero ahora que “Cristo ha sufrido en la

carne”, tenemos que “armarnos de los mismos pensamientos” y obedecer, como hizo El, en medio del sufrir.

En lo que sigue, señalaré brevemente, primero, el efecto natural del dolor en la mente, y luego los remedios y correctivos para ese efecto que nos da el conocimiento del Evangelio.

1. En cuanto a lo primero, se debe entender que el dolor no tiene influencia santificadora por sí mismo. Los hombres males se vuelven peores a causa de él. Esto debemos tenerlo en mente para no engañarnos, porque a veces hablamos (al menos los pobres suelen hablar así) como si que las penas y sufrimientos presentes fueran un motivo de confianza en cuanto a nuestras perspectivas futuras, sea porque expían nuestros pecados o acercan nuestros corazones a Dios. Más aún, hasta los más religiosos entre nosotros pueden engañarse al pensar que el dolor les hace mejores, más de lo que realmente sucede, pues el efecto del mismo, a la larga, en cualquier temperamento, excepto los muy orgullosos o ingobernables, es causar un estado de languidez y serenidad que parece resignación, mientras necesariamente dirige nuestra razón al *pensamiento* de Dios, nuestro único sostén en tales momentos de prueba. Sin duda beneficia realmente al cristiano, y en no poca medida, y puede agradecer a Dios que así lo bendice, pero que sea cauto en *medir* su estado espiritual por el ejercicio de la fe y el amor en su corazón entonces, especialmente si ese ejercicio está limitado a los mismos afectos, y no tiene oportunidad de mostrarse en obras. San Pablo habla de la corrección que “*más tarde* da a los ejercitados por ella el apacible fruto de justicia” (Heb 12, 11), formada y madurada ciertamente en el momento, pero manifestada en el tiempo debido. Este debe ser el fruto real de sufrir en el lecho de muerte, aún cuando no haya tiempo de mostrarse a los demás antes de que el cristiano parta. Seguramente, podemos esperar humildemente que perfeccione hasta ahora hábitos formados parcialmente, y armonice las distintas gracias del Espíritu totalmente. Tal es el resultado en cristianos *establecidos*, pero *puede* que no cause nada tan santo. Más aún, en el caso de aquellos que han seguido a Cristo con un corazón dividido, puede ser una prueba demasiado fuerte para su debilidad y que los venza. Esta es una reflexión terrible para los que pospuesto el día del arrepentimiento. Bien hace nuestra Iglesia en pedir: “No permitas que suframos en nuestra última hora para que los dolores de la muerte no nos aparten de Ti”. En cuanto a los no creyentes, sabemos cómo les afecta al leer esos pasajes de la Escritura como el siguiente: “Se mordían las lenguas de dolor, y blasfemaron del Dios del cielo, a causa de sus dolores y de sus úlceras, pero no se arrepintieron de sus obras” (Ap 16, 10-11)

Más aún, iría más lejos, y diría que no sólo ese dolor no nos mejora comúnmente, sino que tiene una tendencia fuerte a hacer daño a nuestras almas, por ejemplo, hacernos egoístas, un efecto que puede producir aún cuando nos haga bien de otra manera. La mala salud, por ejemplo, en vez de abrir el corazón, a menudo hace que la persona sea sumamente cuidadosa de su comodidad corporal y del bienestar. Los hombres encuentran excusa en sus enfermedades para buscar una atención extraordinaria para su consuelo, y consideran que pueden, en toda ocasión, tener en cuenta sus propias conveniencias más que las de otros. Son indulgentes con sus deseos caprichosos, se permiten ser indolentes cuando deben realmente ejercitarse, y piensan que pueden ser displicentes porque son débiles. Se vuelven quejumbrosos, tercos, fastidiosos y egoístas. Los espectadores, sin embargo, deberían ser muy cautos en pensar que cualquier persona que sufre sea así, porque, después de todo, la gente enferma tiene muchos sentimientos que no puede explicar a nadie más, y están a menudo en lo cierto en aquellos asuntos en los que parecen más caprichosos o irrazonables a los demás. Pero esto no contradice con lo correcto de mi observación en su conjunto.

Tomemos otro ejemplo bajo circunstancias muy diferentes. Si el sufrimiento corporal puede presentarse bajo distintos aspectos, esto ocurre en la lasitud de la cama del enfermo y en los infortunios de la vida del soldado. De este último encontramos egoísmo casi como característica proverbial. Ciertamente la vida de los soldados en servicio es una verdadera escuela de generosidad y autonegación, rectamente entendida, y se usa como tal por su nobleza y altos principios. Pero he aquí que una mente baja y carnal, en vez de aprovechar sus ventajas, caerá en la tentación de referir todas las cosas que le acontecen a su propio bienestar y provecho. Para asegurar sus propios intereses se encerrará en sí misma como su principal deber, y con gran credibilidad, puesto que hay algún sentido desde el cual puede realmente ser justificada. Se sugerirá que los otros deben cuidar de sí mismos, que es un disparate y una desventaja pensar en ellos, que hay muy pocas probabilidades de seguridad, que la mayoría debe sufrir, algunos hasta la muerte, que es sabio luchar por la vida y el bienestar, y descartar pensar en otros. Oh sí, hay ejemplos aquí y allá, en la experiencia de la vida, que muestran que tales pensamientos y sentimientos no son propios de alguna clase de hombres, sino principios de acción de multitudes. Si se da una alarma de peligro entre la muchedumbre, el ansia general de salvarse conduce a los hombres a actuar entre sí con completa indiferencia, o con furiosa crueldad. Hay historias de grupos de hombres que se hallan en el mar con escasas provisiones, y de los hechos espantosos que siguen cuando cada uno lucha por conservar su propia vida.

El efecto natural del dolor y del temor, entonces, es hacernos individualistas, fijar nuestros pensamientos en nosotros mismos, hacernos egoístas. Es a través del dolor, principalmente, como tomamos conciencia incluso de nuestros órganos corporales. Un cuerpo entero sin sensaciones dolorosas es, como si fuera, un todo sin partes, y prefigura ese cuerpo futuro espiritual que será la herencia de los santos. Y a esto nos aproximamos en nuestra juventud, cuando no sentimos que estamos hechos de grosera materia terrestre, realidad de la que nos convencemos cuando pasan los años. Los jóvenes reflexionan poco sobre sí mismos, miran alrededor y viven hacia fuera, diciendo que tienen almas, pero entendiendo poco sus palabras. “Gozan en su juventud”. Este es, pues el efecto del sufrimiento que nos captura: pone el dedo para que estemos ciertos de nuestra individualidad. Pero no es más que eso. Si tal advertencia no nos lleva hacia el cielo a través de las conmociones de nuestra conciencia, no hará sino encerrarnos en nosotros mismos y hacernos egoístas.

2. Aquí es donde el Evangelio nos encuentra, herederos de una visita que, tarde o temprano, nos viene, volviendo nuestros pensamientos de los objetos exteriores y tentándonos a idolatrarnos, a deshonar a ese Dios a quien debemos culto, y a rechazar a los que debemos amar como a nosotros mismos. Por eso, el Evangelio nos encuentra y hace obvio este peligro, no removiendo el dolor sino dándole nuevos significados. El dolor que, por naturaleza nos lleva sólo hacia nosotros mismos, levanta la mente cristiana del pensamiento de sí a la contemplación de Cristo, de Su pasión, de Sus méritos, de Su ejemplo, y desde allí continúa con la compañía de sufrientes que Le siguen y “son lo que es El en este mundo”. El es el gran Objeto de nuestra fe, y mientras le contemplamos aprendemos a olvidarnos de nosotros mismos.

Seguramente no es este el más temible y odioso de los males aquí abajo, aunque Cristo haya asumido voluntariamente las tribulaciones de la carne. Nadie elige el mal por sí mismo sino por un bien mayor que brota de él. Cristo lo sufrió por fines más grandes que la inmediata remoción del mismo, “no de mala gana o por necesidad”, sino haciendo alegremente la voluntad de Dios, como nos lo muestra la historia del Evangelio. Cuando llegó Su hora, “tomó resueltamente la dirección de Jerusalén” (Lc 9, 51). Sus discípulos le dijeron, “Maestro, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte,

¿y Tú vuelves allá?” (Jn 11, 8), pero El insistió. Nuevamente le dijo a Judas “Lo que has de hacer hazlo pronto” (Jn 13, 27). Se dirigió al huerto más allá del Cedrón, aunque Judas conocía el lugar, y cuando la guardia llegó para apresarle “Jesús se adelantó y les dijo, Soy yo” (Jn 18, 5). ¡Con qué calma y majestad soportó Sus sufrimientos cuando le llegaron, aunque por Su agonía en el huerto mostró cuán plenamente sintió su intensidad! Dice el salmista en predicción de ellos. “Soy como agua derramada, todos mis huesos se han descoyuntado; mi corazón, como cera se diluye en mis entrañas” (Sal 21, 14), describiendo, según parece, ese hundimiento del espíritu y debilitamiento de los nervios que ocasiona el dolor severo. Sin embargo, en medio de la aflicción que parece hacer imposible la oportunidad de obedecer, El se “ocupó de las cosas de Su Padre”, aún más diligentemente que en su niñez, cuando les hacía preguntas a los doctores del Templo, sin pensar en ser meramente pasivo en la prueba sino tomándola como una gran ocasión para someterse noble y rigurosamente a la voluntad de Su Padre. “Con lo que padeció experimentó la obediencia” (Heb 5, 8). Considerad la profunda y serena compasión que le llevó a orar por aquellos que le crucificaban, Su cuidado solícito por Su Madre, y Sus palabras de perdón dirigidas al ladrón que sufría con El. Y entonces, cuando dijo “Todo se ha cumplido”, mostró que estaba aún contemplando con clara inteligencia “el esfuerzo de su alma, y estaba satisfecho”. Y en el solemne sometimiento en las manos de Su Padre mostró dónde descansaba su mente en medio de su oscuridad. Aún cuando parecía estar pensando en Sí mismo y dijo “Tengo sed”, estaba recordando realmente las palabras de la profecía, resuelto a justificar a la letra los divinos anuncios referidos a Su persona. Por eso, en la misma cruz vemos en El la misericordia de un Mensajero del cielo, el amor y la gracia de un Salvador, la obediencia de un Hijo, la fe de una naturaleza creada, el celo de siervo de Dios. Su mente estaba puesta en la soberana voluntad y las infinitas perfecciones de Su Padre, y pudo pasar sin esfuerzo a la afirmación del deber filial o la necesidad de un pecador individual. Seis de Sus últimas siete palabras fueron palabras de fe y amor. Por un momento le sobrecogió un horrible terror cuando pareció preguntar porqué Dios le había abandonado. Sin duda, “esa voz fue por nosotros”, como cuando hizo mención de Su sed, y, también fue tomada de la profecía inspirada. Quizás el propósito fue darnos un ejemplo de aflicción especial a la que está sometida al naturaleza humana, cualquiera sea el modo real e inescrutable que tuvo en El, que fue sostenido a todo lo largo por su intrínseca divinidad. Me refiero a la prueba de una agonía aguda, que apura la mente hacia vagos terrores y pensamientos extraños e inexplicables, y es recordada misericordiosamente para nuestro bien en la historia de Su muerte, pues El “ha sido tentado en todo, a semejanza nuestra, aunque sin pecado” (Heb 4, 15)

Tales fueron los sufrimientos de nuestro Señor, voluntariamente aceptados y ennoblecidos por una activa obediencia, el centro de nuestras esperanzas y de nuestro culto, sobrellevados sin pensar en Sí, dirigidos hacia Dios y por los hombres. ¿Quién entre nosotros, que medite habitualmente en ellos, no será conducido, sin proponérselo y por la misma calidez de la gratitud y del amor adorable, a intentar soportar sus propias aflicciones del mismo modo celestial? ¿Quién no ve que soportar el dolor bien es afrontarlo con valentía, no retroceder o vacilar, sino pedir la ayuda de Dios, y mirarlo luego resueltamente, convocar cuando valor tengamos en el cuerpo y en el alma, recibir su ataque, y animarse contra él (mientras nos den las fuerzas) como contra algún enemigo visible en combate cercano? ¿Quién no reconocerá que cuando se nos envía, debemos hacer que su presencia sea (como si fuera) un acto de nuestra propia voluntad, a través de la coincidencia alegre y pronta de nuestra voluntad con la de Dios? Más aún, ¿quién hay que no deba reconocer que con los sufrimientos de Cristo delante, el dolor y la tribulación son, después de todo, no sólo la mayor bendición sino incluso los

acompañantes más congruentes para aquellos que son llamados a heredar sus beneficios? Digo más congruentes, no necesarios, sino los más naturales y convenientes, los que armonizan más plenamente, con el principal Objeto en el grupo de las sagradas maravillas que la Iglesia está llamada a contemplar. ¿Quién, por otra parte, no percibe al menos que todo lo deslumbrante y llamativo de este mundo, sus entusiasmos, los bienes que persigue vivamente, sus éxitos y sus éxtasis, sus pompas y sus lujos, no son conformes con esa escena clara y solemne que la fe debe tener siempre a la vista? ¿Qué cristiano no reconocerá que “reinar como reyes” y estar “lleno” no es su vocación, y así pueda sacar consuelo en la hora de la enfermedad, o del duelo, o de cualquier otra aflicción, al pensar que ahora está su propio lugar, el de Cristo, en su propio hogar, el sepulcro en el cual fue puesto su Señor? Los santos han sentido tan profundamente esto que en tiempos de paz, y cuando la Iglesia estaba segura, no pudieron descansar en el regazo de la comodidad, y se aseguraron rigores para que el mundo no los corrompiera. No podían soportar ver al perdurable Pablo, que agregaba a sus tribulaciones necesarias un castigo auto-infligido a la carne, y permitirse vivir delicadamente y pasarla suntuosamente cada día. Veían la imagen de Cristo reflejada en las lágrimas y la sangre, en la gloriosa compañía de los Apóstoles, en la agradable sociedad de los Profetas y el noble ejército de los Mártires. Leían la profecía del juicio final de la Iglesia como “una mujer alimentada por Dios en el desierto” (Ap 12, 6) y a sus testigos “vestidos de saco” (Ap 11,3), y no podía creer que se pretendiera de ellos nada más que gozar de los placeres de esta vida, por muy inocente y moderado que fuera el uso que les dieran. Sin decidir acerca de sus vecinos, se sintieron llamados a cosas más elevadas, y su propio sentido del deber se convirtió en la sanción y el testigo de ello. Consideraron que Dios, al menos, les afligiría en Su amor si se excusaban. El agujón en la carne, los golpes de Satanás, la negación de sus ojos, eran su parte, y en la prudencia común, de no haber tenido pensamientos más elevados, no hubieran podido vivir fuera del tiempo y medida con estas aflicciones esperadas. Sin ninguna alarma supersticiosa, ni imaginaciones cobardes, ni apurando insensibilidades ante la dificultad o la prueba, sino con calma y en la fe, se abandonaron en las manos de Dios, que les había dicho en Su palabra inspirada que la aflicción sería su alimento familiar, hasta que al final obtuvieron, desde una verdadera plenitud de gracia, tal disgusto por los lujos de la vida como para no aguantarlos.

Aún en aquellos días, cuando “el oro fino se hace oscuro”, tal ha sido la mente de aquellos que veneramos. Pero así era especialmente en los tiempos antiguos. Era también el talante de aquellos Apóstoles que fueron alejados de los golpes del mundo, más que sus hermanos, como si la perspectiva de sufrir después no fuera una dispensa de la disciplina presente auto-infligida, sino que la demandara. Santiago el Menor fue obispo de Jerusalén, y fue muy venerado a causa de su honradez por los judíos incrédulos entre quienes vivía sin ser molestado. Nos dicen que no tomaba vino ni bebida fuerte, ni comía carne animal, ni aceptaba el lujo de los baños. “Tan a menudo estaba en el Templo de rodillas, que las tenía delgadas y duras por la continua oración” (Eusebio, Hist, 2, 23). Mantenía “sus lomos ceñidos, y su lámpara encendida” para el bendito martirio que iba a terminar con su vida. ¿Podía ser de otra manera? ¿Cómo podía el gran Apóstol, sentado en casa por mandato de su Señor, “alimentar su corazón”, como él dice, “para el sacrificio”? ¿Cómo podía comer y beber, y vivir como los demás hombres, cuando “el Arca, e Israel, y Judá estaban en tiendas”, viviendo a campo abierto, y uno a uno, los guerreros elegidos de Dios, caían ante el breve triunfo de Satanás? ¿Cómo podría ser “delicado en la tierra, y caprichoso”, cuando Pablo y Bernabé, Pedro y Juan, eran azotados y encarcelados, pasaban por trabajos y peligros, vivían con hambre y sed, con frío y sin ropa? Esteban había liderado el ejército de los

mártires en Jesuralén, que era su propio lugar de servicio. Santiago, el hermano de Juan, le había seguido en la misma ciudad, el primero de los Apóstoles en beber el cáliz de nuestro Señor, que sin darse cuenta habían pedido beber.

Y si este era el sentimiento de los Apóstoles cuando la seguridad era poco duradera, ¿por qué no es el nuestro, que vivimos cómodos del todo, sino porque no tenemos fe suficiente como para darnos cuenta lo que pasó? ¿Si pudiésemos ver la cruz en el Calvario y la lista de sufrientes que resistieron hasta derramar sangre en los tiempos que le siguieron, sería posible que sintiéramos sorpresa cuando el dolor nos alcanza, o impaciencia si continúa? ¿Es extraño que seamos castigados por una nueva plaga? ¿Es doloroso que la cruz presione en un nervio o miembro aún por muchos años hasta que se pierde la esperanza de alivio? ¿No es posible alegrarse con los Apóstoles de “llevar en nuestro cuerpo las marcas del Señor Jesús”? Y más aún, ¿Podemos, por vergüenza, sufrir estar afligidos por lo que no es sino dolor ordinario, ser irritados o entristecidos, melancólicos o ansiosos por los inconvenientes que nunca pudieron sorprender o desestabilizar a quienes habían estudiado y entendido su lugar como siervos de un Señor crucificado?

Determinémonos, pues, con corazón alegre a sacrificar nuestras comodidades y placeres, aunque sean inocentes, ante el Señor nuestro Dios, cuando El lo pida, sea por las intenciones de Su Iglesia, se por Su inescrutable providencia. Démosle unas pocas horas de la comodidad presente, y recibiremos lo propio con abundancia en el día de Su venida. Existe un tesoro en el cielo provisto con ofrendas que aborrece el hombre natural, suspiros y lágrimas, llagas y sangre, tortura y muerte. Los mártires comenzaron primero a contribuir, y todos nosotros debemos seguirlos, todos, pues cada sufrimiento, grande o pequeño, puede, como la limosna de la viuda, ser sacrificado por la fe en El que es quien lo envía. Cristo nos dio las palabras de la consagración cuando dijo, por ejemplo, “Hágase Tu voluntad”. De aquí en adelante, como dice el Apóstol, debemos “gloriamos en la tribulación” como semilla de la futura gloria.

Mientras tanto, no olvidemos en todo lo que sufrimos que, hablando con propiedad, nuestro propio pecado es la causa de ello, y que es por sola misericordia de Cristo que podemos estar a Su lado. Nosotros, que somos hijos de ira, somos hechos por El hijos de la gracia, y nuestros dolores, que en sí mismos son pregustaciones del infierno, son transformados por la aspersion de Su sangre en preparación para el cielo.